

Erató Ioannou, *Ni siquiera en la tetera decorativa*. Trad. Marina Pérez Sánchez y Judith Nickel. Col. «Biblioteca de Autores Griegos Contemporáneos», Granada: Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas, 2021, 58 pp., ISBN: 978-84-121502-8-5.

Nada más acabar la lectura de esta breve pero intensa colección de relatos, la impresión fue inmediata: el peso que tienen los pasados conflictivos sobre todo cuando las heridas no han cicatrizado o si lo han hecho, lo han hecho en falso y la memoria supura. En el caso de Chipre, la herida es aún visible, la Línea Verde sigue partiendo en dos Nicosia —la capital de la isla— recordando que la situación generada en 1974 sigue condicionando, y de qué manera, la vida cotidiana de los chipriotas. En este sentido, la prosa de Erató Ioannou se inscribe en la misma tradición que los versos de Kleri Angelidu (cuya *Letanía* fue traducida al castellano por Ricardo Rodríguez Parejo y publicada también por el C.E.B.N.Ch. de Granada en 2019). Por más que se trate de dos autoras de generaciones y contextos diferentes, el sustrato en ambas es común.

Las cuatro narraciones que componen *Ni siquiera en la tetera decorativa* tiene en común el uso que se hace de la memoria individual y colectiva como material literario, que en cierto sentido se convierte en un ejercicio de catarsis personal y de ajuste de cuentas con la comunidad. Son también un intento por dar voz a las mujeres en una sociedad marcadamente patriarcal, y Ioannou lo hace sin caer en el tópico ni el maniqueísmo. En pocas páginas y a través de la creación de fuertes imágenes es capaz de construir un universo femenino que se debate en un contexto masculino.

Es lo que relata en el último de los cuentos, «El ojo de la cabra» (pp. 47-55), que gira en torno a un caso de travestismo de una chica que se hace pasar por chico y que tiene como trasfondo los rituales de paso de la infancia a la adultez. La sangre vertida, la del animal que da título al relato o la del cuerpo de la mujer, se convierten en el punto álgido de la historia; lo que al final descubre el engaño y se convierte en metáfora de las sociedades ancestrales en la que está ambienta. La autora bebe de una tradición en la que los relatos de mujeres travestidas son habituales para escapar a la opresión de su condición femenina y poder disfrutar de los privilegios reservados a lo masculino al menos hasta la primera menstruación.

El peso de la tradición y la vigilancia de la comunidad que se ve perturbada por la irrupción del extranjero está también en «Salvar a Jesús y los Apóstoles» (pp. 39-44). Aquí las resonancias bíblicas, del Antiguo Testamento son bastante evidentes: los verdaderos creyentes no están

entre los hijos de Israel sino en los extranjeros que han aceptado a su modo, a Dios; es también el eco de la buena prostituta que ayuda al ejército de Josué a tomar la ciudad de Tiro en el episodio de las trompetas. La religión queda convertida en patrimonio de sólo unos pocos como símbolo de identidad en el contexto de la invasión, cuando los grecochipriotas se vieron obligados a convivir con las tropas de la ONU. El prejuicio nace tanto de la ocupación de la chica como de su raza, negra, lo que hace imposible que pueda ser una buena cristiana y que su antagonista considere que el hecho de tener un tapiz de la Última Cena en su casa fuera poco menos que una herejía. Por eso cobra especial relevancia la revelación final: basta con ver que la prostituta es buena persona para que los recelos se disipen.

El peso de la memoria de la guerra del 74 es mucho más evidente en los otros dos relatos: «Algo diminuto» (pp. 17-23) y «En ruinas» (pp. 25-38), que, a pesar de tratar de dos aspectos diferentes, tienen algo en común: la no aceptación de que el mundo que sus protagonistas habían conocido —la Chipre unificada— ya no existe; que su cotidianidad se transformó de manera radical. Son dos pequeñas historias que quedaron sepultadas por el alud de la Historia; dos pequeñas historias que debieron repetirse a millares durante los años posteriores la partición.

En «Algo diminuto» es la negativa de una anciana a reconocer que el fragmento de hueso que tiene delante pertenece a su marido. Hacerlo sería lo mismo que admitir que éste había muerto (¿asesinado?) a manos de los turcos. Un desaparecido siempre cabe la posibilidad de que pueda aparecer al cabo de los años y lo que la protagonista se empeña en hacer es mantener viva esa esperanza como única manera de mantener intacta una parcela de su vida que la guerra hizo saltar por los aires. Es inevitable pensar, al leer a Erató Ioannou, en el caso español, en la necesidad de recuperar los restos de los represaliados por el franquismo para cerrar una etapa conflictiva de nuestro pasado.

La anciana protagonista de «En ruinas» también se aferra a algo que le sirve de asidero: su casa. En el momento en el que se da la noticia de que tropas turcas han invadido la isla, su hija y nieta huyen a un lugar seguro, pero la abuela se niega a abandonar su hogar. Su actitud contrasta con la esperanza que tienen la mayoría de que la guerra sería cuestión de poco tiempo y que pronto todo volvería a la normalidad. De los cuatro cuantos de *Ni siquiera...* este es el que reviste un mayor interés por el modo en el que mezcla la realidad física —la ciudad abandonada— y una realidad onírica —el viaje a su juventud—. La anciana recorriendo las calles fantasma acompañada por un perro callejero es de enorme fuerza por el simbolismo que encierra, en el límite entre este mundo y el Más Allá. Encierra

ciertas similitudes con la narrativa que el mexicano Juan Rulfo despliega en *Pedro Páramo* y *Llano en llamas*.

Cerrar este libro deja ganas de quedarse más tiempo en el universo (re)creado por Erató Ioannou, lástima que no haya más traducciones al castellano de una literatura que tanto nos dice de nosotros mismos y que es tan injustamente ignorada.

Carlos Martínez Carrasco
UCO-C.E.B.N.Ch.